

nia de mestizos revoltosos que de mala gana venden sus materias primas", a pesar que se le juzga por "unos caudillejos que ellos mismos dejan crecer y hasta a veces alimenten, o por la opinión que sostiene el gerente de algún monopolio o algún periodista aturdido, en el aeropuerto, entre avión y avión".

En esta magnífica novela, que retrata con acuciosidad y verosimilitud extraordinarias dos arquetipos que nada tienen en común, se observa el contacto en toda clase de cosas; no hay aspecto que no esté debidamente considerado. En ella se encuentran episodios de la historia que estamos viviendo, actuales en toda forma, algunos quemantes y duros, otros más tiernos, pero en líneas generales poco gratos, ya que en los elementos en pugna no pueden encontrarse visos de homogeneidad.

Francisco Javier Espejo ha combinado inteligentemente las situaciones dramáticas con las humorísticas y si el balance de su libro es patético, desolador y deprimente, no es menos cierto que ha procedido con un criterio tremendamente realista —que desde luego aplaudimos— y que ha escrito una de las más enérgicas, interesantes y bien fundamentadas novelas chilenas. Sus propósitos son sinceros, sanos y constructivos, entregando una lección que debe meditarse.

*Punto quinto cuarto piso* merece leerse muy atentamente y una vez terminado ese proceso habrá de convenirse que representa una novela trascendental por la acabada contraposición de hombres, costumbres, mentalidades e idiosincrasias, realizada con ejemplar destreza y maestría.

Tomás P. Mac Hale.

<https://doi.org/10.29393/At397-99CPAL10099>

*Cuatro poetas españoles. (Garcilaso, Góngora, Maragall, Antonio Machado)*, por DÁMASO ALONSO. Editorial Gredos, Madrid, 1962

En este reciente trabajo de Dámaso Alonso preside un espíritu —si siempre manifiesto en sus libros más complejos— ahora expresado como la unidad de las cuatro partes del libro: la intuición personal, guía de los rasgos esenciales de los poetas que trata; incluso se evocan los encuentros del autor con la poesía de Garcilaso, Góngora, Maragall, Antonio Machado. Un toque autobiográfico.

Dentro de las concepciones de examen literario que constituyen la Escuela Española de Estilística, desarrollada por Dámaso Alonso, se nota en esas páginas una tendencia honda a mostrar, antes que nada, la actitud poética de los escritores enjuiciados; se trata de conocer la poesía desde aquel movimiento entrañable de expresión, anterior a los temas, asuntos, motivos y tópicos, y aun procedimientos técnicos, que comunican directamente con el fondo del ser del hombre, de un modo idéntico a sí mismo, a través de todos los tiempos y estilos.

De este modo, a Garcilaso nos lo presenta en la encrucijada inquietante del hombre que se entrega a su destino de poeta, con todos los colores

de época; los hechos de su vida lo van precipitando a ese cumplimiento de la belleza como sino. Estas páginas sobre el toledano pueden resumirse en la frase: "Del Este le vino la Técnica; del Oeste, la Musa" (p. 40). El caso de Maragall roza otra sima, hondón de la condición humana, patente en toda la historia de la poesía, aquella a la cual "tienden en realidad (lo sepan o no) todos los poetas": la búsqueda de la infinitud. Dámaso lo hace patente en los temas sobre la mujer y la naturaleza, en textos originales (con traducciones suyas al español). De Antonio Machado, entre sorpresas críticas, nos muestra la necesidad poética de ver, en la forma más concreta, la visual, a través de sucesivos paisajes, dominantes en la obra principal del vate, la que se inicia en *Soledades* hasta *Campos de Castilla*. La obra posterior, con intenciones filosóficas, no posee la autenticidad de esa visión primera de sus libros señalados, ese querer lograr ver en el espacio, presentando "ámbitos iluminados", reales o de sueño. De Góngora contemplamos la trayectoria crítica, y la valoración en los dos centenarios vividos intensamente por Dámaso Alonso, el tercero de la muerte (1927), cuando se le comprendió y exaltó por los poetas que se han sellado con esa fecha, y luego la actual estimación del cordobés, en el cuarto centenario de su nacimiento (1961). No olvide el lector que los trabajos de Dámaso Alonso han decidido la comprensión precisa del mundo gongorino. En esta evocación, con abundante recuerdo personal, importante por ser testimonio de un período valioso, el de entreguerras, cuando se gestó la mejor poesía española del presente siglo, la actitud poética de Góngora, con toda su genialidad, es la del poeta que ha escamoteado al hombre, y por eso, si nos admira y a veces embriaga con el refinamiento de su visión transfigurada de las cosas y criaturas, no nos llega al alma, pero en ese impulso estético hay una rara humanidad: "Adelantándose a todos, allá en los comienzos del siglo XVII, con igual despreocupación y con la máxima intensidad, está un intento aislado de ampliar las posibilidades estéticas del lenguaje humano: lo hizo un español" (p. 77). En este "anhelo de superación", aparece, pues, la actitud poética más humana, por sobre los temas, motivos y tópicos que cultivó abundantemente. Un poeta que sigue su destino, otro que comunica su ansia de absoluto, más adelante el que quiere ver en el mismo espacio, natural o soñado, y éste que quiso alterar la palabra castellana para ver mejor la belleza de la poesía.

De los cuatro, Maragall está tratado más *in extenso*, desde las dos vertientes, la del significado y la del significante. Esto no implica que sean insuficientes los otros estudios, por cuanto son funcionales a sus objetivos. En cuanto al primer enfoque, intenta dar una idea integral de la poesía del catalán, y, con el segundo, en particular su dominio del ritmo; nos llega a compararlo con Góngora, por el virtuosismo. Sin pormenorizar los puntos tratados en ambas caras de la medalla, las intenciones de Dámaso, al revisar a este poeta décimonónico, hondo en sus recuerdos; juveniles, son el poner en su sitio la crítica despectiva sobre Maragall, demostrándonos sus perfecciones y sus vuelos. De paso hará una afirmación doctrinaria: "No hay nada en el signo poético que no provenga del significado" (101). Esto es afirmar

la primacía del espíritu sobre la letra. Y con esto, más adelante, encontramos una afirmación más saludable todavía: la preeminencia de la intuición sobre la acumulación de datos eruditos, los cuales —mal administrados— suelen ahogar la percepción de lo poético; es el párrafo titulado: “peligros de la estilística”, en el estudio de Machado; no reseñaremos lo que nos cuenta; bien nos señala cuánto se debe evitar que la metodología estilística quede convertida en una nueva y pedante retórica, por falta de captación poética y manías cuantificantes con apariencia científica, dentro del único mundo en que lo decisivo es la calidad de la función literaria. No pensemos en las colecciones de *topoi*, estadísticas vacías de toda intuición y experiencia en el secreto misterio de la poesía.

Este libro breve de Dámaso Alonso tiene una particularidad determinada por la colección en que aparece: finalidad docente de difusión hispánica para públicos más vastos que los de especialistas. Por esto, no hay que extrañarse al encontrar algún párrafo con frases tipo “lugar común”, así sentidas por los que se dedican a estas tareas del conocimiento de la poesía, pero verdaderas revelaciones para el que no tenía tales noticias. Con ese mismo objeto han aparecido en dicha colección, un libro sobre *Lope de Vega, su vida y su obra*, por Alonso Zamora Vicente, y *Nosotros y nuestros clásicos*, de Enrique Moreno Báez. Ambos pueden ser maestros de hispanistas, por el criterio que los anima.

En contra de esos pasajes con “misión cultural”, provocados por las necesidades de la colección, en el libro de Dámaso Alonso, es preciso destacar juicios críticos totalmente inéditos, que le dan amplia importancia. Desde luego, el tratamiento que señalábamos en Maragall, no tenía antecedentes en ese orden analítico, según va estudiado, sobre los textos originales en catalán. Asimismo, la estimativa que se desprende y la dirección esencial de comprensión de esa poesía en la actitud poética que destacamos, son aspectos nuevos, importantes, no por novedosos sino por lo que traen de cierto.

Sobre Antonio Machado se acumulan mayores sorpresas. Aparece comentado el problema de una creciente esterilidad, después de *Campos de Castilla* y el daño que pudo haberle provocado el afán por la filosofía, que hasta llevó al vate a dar examen de Metafísica, en una edad bien avanzada. Si Unamuno llamó hermanas gemelas, a la poesía y filosofía, él mismo tuvo muy mal oído para hacer buenos versos, y las alianzas de esas dos maneras tan distintas de entender son más visibles en los estudios literarios que en los versos. Por lo demás, es de toda evidencia el abismo que se da entre la obra anterior a *Nuevas Canciones* y esta última y la que le sigue. Sin embargo, Dámaso no pretende agotar el asunto, el cual da motivo para futuras exploraciones.

Varios postulados, típicos de la crítica machadiana, son arrasados. El autor expresa sus diferencias ante las tesis de numerosos trabajos sobre la temporalidad en Machado, muestra los varios sentidos de esa palabra “tiempo”, en el mismo poeta, alude al caos de los escritos en prosa del mismo vate, y lo más notable —el gran huevo de Colón— la temporalidad (condición ineludible de un arte que se da en el tiempo), la expresa el poeta

mediante la presencia del espacio en la mayoría de los poemas ya aludidos. La observación sobre el gran uso de adjetivos y sustantivos, contra la declaración teórica de Machado sobre el verbo decisivo de toda lengua poética, es al revés de las investigaciones que demostraron el predominio del verbo, para descrédito de las caídas de la estilística en el delirio interpretativo.

Así van apareciendo —con toda ponderación crítica— nuevos aportes para la mayor comprensión de la poesía de un hombre que ansía ver una intuición que parece encontrar en lo visible, niebla de cada día, pero que ilumina en sus poemas principales, contemplados por Dámaso como “los fanales de Antonio Machado”. No deja de ser curioso que en los más característicos poemas, todos ellos con paisajes, cuadros, amplio espacio, el momento temporal que ofrecen es el del atardecer, la hora en que por ser final de vigilia, se adquiere más conciencia del tiempo que se acaba, de la temporalidad que se escurre y nos deja en el filo del ser, cuando la poesía está más desnuda, a punto de revelarnos su origen.

Alfredo Lefebvre